

Crónicas

DOMINGO 16 DE JUNIO DE 2024

AÑO 4 - N° 131

Las pinturas de Alandía Pantoja destruidas en la dictadura de Barrientos llegan al MNA Págs. 4-5



// FOTO: COLECCIÓN MUSEO NACIONAL DE ARTE



Los profesores que alumbraron mi derrotero

Págs. 2-3



El imaginario popular en *Cuentos de la mina*

Págs. 6-8

HUELLA INDELEBLE DE SABIDURÍA

Los profesores que alumbraron mi derrotero (SEGUNDA PARTE)

Estas anécdotas personales acentúan la importancia de la gratitud hacia aquellos que iluminaron el camino educativo y personal de muchas generaciones, destacando la generosidad, sabiduría y dedicación a lo largo de los años.

Carlos Gutiérrez Andrade

Lo más importante en nuestras vidas es el valor de la gratitud. Lo importante es recordar con gratitud a los que nos ayudaron a crecer, a los que estuvieron en nuestro camino y nos aligeraron la carga. Es importante valorar y mantener en la memoria a todas las personas que nos han descubierto. Parte de esas personas han sido los profesores, un maestro que ha podido notar algo maravilloso que otros no verían nunca. Un maestro que ha dado la luz de su sabiduría y de sus ojos para elevar nuestro espíritu. Para ellos va este homenaje.

Hoy quiero recordar a los profesores que han dejado huella en mi vida. De los maestros que tuve en el colegio recuerdo a una en Venezuela, pero la recuerdo remotamente. Sin embargo, sí recuerdo a mi profesor de Química. Estaba en segundo o tercero de secundaria. Era bromista y siempre hacía algún chascarrillo en clases. Siempre decía a los varones, pero delante de las chicas: "Por qué les gusta tanto a los chicos mirar el trasero de las

chicas si por ahí salen los excrementos". Era muy simpático. A mí no me gustaba Química, pero jamás odié esa materia por su carisma.

Cuando llegué a Bolivia, el sistema educativo quería que entre a tercero de secundaria porque argumentaban que no sabía de la historia del país. Llegamos a un acuerdo. Dar exámenes de Historia con un profesor certificado del colegio Junín. El maestro Peter, que era mezquino de tamaño y de ojos nipones. Después se hizo mi amigo para toda la vida y su hijo, que era catedrático en la universidad, también llegó a ser mi docente.

EL EXAMEN Y LOS ESCRÚPULOS

El doctor Villaflor, de la materia de Seminario, repartió los exámenes a todos los estudiantes. Indicó una hora para el examen y empezó la prueba. Todos se copiaban, mis compañeros se copiaban, incluso yo. Vi a mi alrededor y todos intentaban burlar al docente, entonces me indigné y me levanté. Me planté ante el docente y le dije que iba a entregar el examen en blanco, que no sabía nada, no había estudiado, pero le prometí que el segundo trimestre sacaría la máxima calificación. Así fue. El segundo examen sabía todo. Empezó la prueba y lo llené en minutos. Una compañera me pidió que le ayude, lo hice. Le dicté unas dos preguntas a hurtadillas. Le soplé a otro una pregunta y avancé al escritorio. "Lo prometido es deuda", le dije al docente Villaflor, él me miró y sonrió. Fui el primero en entregar y salí

airoso y orondo con la cabeza en alto mirando a mis compañeros cómo se debatían con su examen. El catedrático era el hijo del profesor Peter.

MIS PROFESORES DE LA CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

La docente Deborah López fue una de las mejores catedráticas que tuve. Tenía dominio de la materia y autoridad. Era severa, pero justa. Si se daba cuenta que un estudiante le ponía ganas era magnánima. Tenía, ella, alrededor de 55 años, o tal vez 100 de responsabilidad. Con cabello ceniciento y abundante, la brisa retozaba con sus hebras que le completaban la dignidad. Su materia era Historia y Comunicación Global. Su voz jamás se quebró y mantuvo la altura mientras estuve en la carrera y al final me hice amigo de ella que me dio sabios consejos de redacción para una noticia.

Oscar Sánchez fue mi docente de la materia de Psicología en segundo año. Cada tema se disertaba entre cuatro estudiantes. No conocía a mis compañeros de la tarde, ya que me había cambiado a ese turno ese año. Nadie quiso integrar un grupo conmigo así que diserté solo *La Pirámide de Maslow*. Por espacio de una hora y más, hablé sin parar ejemplificando los lineamientos y corrientes a través, además, de películas e ilustrando con juegos psicológicos el contenido. El docente quedó tan asombrado de que diserté solo que, como recompensa, me dijo que solo ▶

► asista a los exámenes, no a las clases. Faltaba el tercer parcial y el examen final. Al tercero no asistí porque me olvidé. Trabajaba de profesor y se me fue, pero aun así saqué 80 de nota y el docente me elogió siempre como un ejemplo a seguir.

Richard Matienzo fue un docente muy joven. Se destacó por ser un estudiante excepcional e inquieto, tanto que se ganó la materia que regentaba. Además era abogado. Había trabajado en varios medios de prensa. Él era editor de prensa del periódico Libertador. Gracias a él y a mis cualidades como redactor calificué para el trabajo de redactor de noticias jurídicas. Ah, y a mis conocimientos de Derecho. Él era impecable para editar y resolver problemas sintácticos, títulos y encabezados. En realidad, ahí aprendí la pirámide invertida que se usa para escribir noticias. Iba en la mañana a cazar mis noticias a la Corte o Tribunal de Justicia y en la tarde buscaba cual era el lead, idea principal o gancho. Eso me enseñó muy bien Richard. Me quedaba hasta las 22.00 horas, después de haber escrito cuatro notas, y cuando me quería ir a descansar él me gritaba: "Carlos, revisa tu encabezado, trabaja con el diagramador, no te vayas así". Y era verdad. A veces podía pasar que un título fallara. Esa impronta me dejó él y me inspiró en mi trabajo como periodista.

Tito Gonzales fue de los mejores docentes que haya conocido. Inspiraba y daba sabios y precisos consejos de redacción, pese a que no era su materia, tres meses dictó redacción. Él encontraba el filón o la veta más importante en una historia. Nosotros llevábamos nuestras historias y las pulíamos delante de todos. Todos aportaban ideas a la misma y así decantábamos y decantábamos las aristas de un texto. Tenía ciencia y metodología eficaz y el don de saber escuchar al estudiante. Tenía carisma y sus clases eran dinámicas. Para él mi gratitud.

Finalmente, no puedo olvidar a mis docentes de la Normal Josefina Rengel y Maricruz Alvarado y a mi docente del diplomado Norah Bernal, que tenía un cariño especial por todos. Todos eran sus amores.

EL COLEGIO JESÚS MAESTRO

El único colegio privado que me aceptó para entrar al último año fue Jesús Maestro. De este colegio recuerdo con cariño a mi profesora de Literatura que tenía un aire de severidad y suficiencia; parecía tener el saber en la punta de la lengua y cada clase era un axioma que revoloteaba en nuestros oídos. La profesora Ana, su apellido no lo recuerdo. Con ella leí *Cien años de soledad* y *La ciudad y los perros*.

Esa época acabábamos de volver de Venezuela así que no había plata. Mi mamá estaba tratando de

reincorporarse al magisterio y reconstruyendo la casa. Uno de los exámenes de Literatura no lo di bien; entonces la profesora me preguntó por qué, si ella notaba que a mí me gustaba la Literatura. Fui sincero. "Era que me digas", me dijo y ella me prestó el libro de *La ciudad y los perros*. Yo no quería causarle más gastos a mi mamá. Mi papá seguía en Venezuela.

El primer trimestre salí mal, pero ya el último saqué 70, la máxima nota. En Artes Plásticas fui eximido ya que gané un concurso de caricatura a nivel de todos los colegios. Fue un orgullo para el establecimiento. Sin embargo, pese a lo dicho hasta ahora no puedo decir que ellos ejercieron un influjo determinante e inspirador en mí. De los demás profesores sólo puedo decir que pasaron desapercibidos. La de Matemáticas era torpe y su materia siempre la odié. La de Biología, el de Música, Sociales y Educación Física fueron intrascendentes y, claro, cómo me iba a olvidar de la profesora de Filosofía, la luz de la sabiduría y el destello de epifanía, mi madre, que fue contratada ahí mismo.

Debo terminar estas anécdotas escolares confesando que nunca les falté el respeto a mis profesores por más jóvenes, inseguros de carácter u ogros o lo que fuera que sean. Mis compañeros siempre les jugaban algunas travesuras malévolas. No me arrepiento porque con el transcurrir del tiempo los volví a encontrar.

La profesora de Biología fue mi compañera en una licenciatura; la hija del profesor de Educación Física fue mi alumna, por lo que tengo mi conciencia tranquila. Después, ¡quién iba a imaginarlo!, entré a la Normal de Maestros y me hice profesor de Literatura. Las satisfacciones que me dieron los estudiantes años después hicieron que ame la carrera y despertaron mi vocación de facilitador y, por sobre todas las cosas, el don para inspirar el amor a la poesía, el arte y la educación.

RÉQUIEM POR 'DON OCA'

Y ya que estoy recordando a mis profesores y personas que han hecho un viaje al paraíso. Quiero hablarles del profesor Alberto Bohórquez. Él fue mi profesor de Psicología y luego mi mentor de teatro. Fue mi docente en la Normal de Maestros.

Al poco tiempo, armé un elenco de teatro con algunos de mis compañeros de la carrera de Literatura y de otras carreras. Hicimos varias puestas en escena. El teatro del profesor era costumbrista. El tema siempre giraba en torno a las cholos y sus quehaceres. El papel que siempre me tocó fue el de mayordomo. Me llamaban Tutulo y, como era un personaje que entraba y salía, podía hacer muchas cosas tras bambalinas. Por ejemplo, traer cosas y llevar cosas, subir y bajar fondos, hacer de consueta, etc.

Un día que estábamos presentando una obra en el teatro 3 de Febrero salí del escenario, di la vuelta por atrás, subí una escalera hasta alcanzar una cuerda que impedía que baje un escenario. En lo que iba a la mitad escuché el rugido del profesor (que era feroz) llamándome y de un salto estuve abajo, di la vuelta y, como estaba oscuro, me olvidé que frente a mí estaba la entrada al subsuelo de las tablas. Me di un porrazo que me hizo ver estrellas. Sentí un dolor inaudito en las pantorrillas, pero entonces escuché otra vez el trueno y los relámpagos en mis oídos y salí de ahí sin sentir dolor. Aparecí en escena presentando a unas visitas que acababan de



llegar. Me paré ante el público inmutable y sereno como si acabara de recibir el beso de un rayo de sol en la mañana. Una risilla coqueta paseó mi rostro hasta que estuve tras bambalinas con lo que di rienda suelta a unos lagrimones gordotes que pugnaban por salir de mis ojos.

Otro día nos mandamos una borrachera con mi compañero José Luis en la tarde. No fuimos a clases de la Normal. Los ensayos de teatro eran en la casa del maestro. A las 19.00 horas despertamos. Nos habíamos dormido. Una compañera nos llamó y nos dijo: "Mejor ya no vengan, el profe no los quiere ver ni en pintura". Tenía un genio de ogro, así que nos vimos y dijimos: "Estamos perdidos". Después de dos días, nos hizo llamar y apenas fuimos. Llegué casi orinándome. Le explicamos la verdad y se rió. Creo que entendió que era una de esas travesuras báquicas.

Una de las obras se llamó *Las cholos de Sucre*, para el amor, ay que excitante. Gracias a la obra viajamos a Potosí y presentamos la misma en el teatro IV Centenario. Nos divertimos mucho.

Las funciones eran siempre un lleno total, la taquilla se llenaba. Eran varios días. El elenco estaba integrado por Jenny Aparicio, José Luis Dávila, Zulema Dávalos y Natividad Duran Nina, de mi carrera. Hugo, Zulema Calderón, Susana, Adhemar y otros de otras carreras. A mí no me decían por mi nombre. Para mis compañeros de teatro yo siempre fui 'Tutulo'.

El profesor nos contaba que él había actuado en una película, pero como nunca tuvimos la oportunidad de verla era como hablar de ficción. También nos contaba que había visto mucho teatro en Buenos Aires y que hubo épocas doradas en Sucre donde triunfó con el teatro.

Todos sus amigos le llamaban 'Don Oca'. Ya no me acuerdo por qué. El otro día busqué películas bolivianas y ahí me topé con el largometraje de Antonio Eguino, *Pueblo Chico*. Ahí estaba mi profesor tomando chicha al mejor estilo parroquiano, el tío Florencio, lutier y dicharachero. Ese rato me enorgulleció de saber que yo había sido su pupilo y que había hecho teatro con él.

Uno de sus axiomas era "todo papel o interpretación es importante, desde el personaje principal hasta el mensajero que entra una sola vez". Son muchas las anécdotas con el profesor, por el momento quiero que vean la película y que me digan qué les parece su interpretación; que es una estrella de cine y, ahora, una estrella que brilla en el cielo.



LEGADO INMORTAL DE UNO DE LOS MÁS IMPORTANTES PINTORES BOLIVIANOS

La estética de la revolución: angustia, e... y júbilo en la obra de Miguel Alandía Pantoja

El martes 18 de junio, el Museo Nacional de Arte celebra la adquisición de las obras y el archivo personal de Miguel Alandía Pantoja, reconocido mundialmente como el 'Pintor de la Revolución'. Este título no solo encapsula su legado artístico, sino que también refleja su compromiso con la memoria estética y gráfica de las luchas de las clases marginadas en Bolivia.

Marcelo A. Maldonado Rocha (*)

El principal motivo de celebración este año es que Miguel Alandía Pantoja, junto al proceso de creación que rememora personajes, hechos y lugares icónicos de la historia de nuestro país, se convierte en el contrafuerte de los bienes culturales del Museo Nacional de Arte (MNA).

La adquisición de los bienes de Alandía Pantoja hace un contrapunto entre su producción plástica, objetos personales y su archivo personal. Estoy seguro, por lo menos en nuestro país, que no hay colección más significativa que la que reúne las obras plásticas y visuales del 'Pintor de la Revolución', el pintor más determinante del siglo XX de nuestro país, artista autodidacta y un camarada imprescindible para la potencia creadora de lo popular, ya que "Alandía sigue vivo, Alandía es inmortal".

DE LAS OBRAS DE CABALLETE Y DE LA ESTÉTICA

Las obras de caballete, que itinerantes recorrieron más de una decena de países, construyeron en el imaginario mundial la idea de que una de las revoluciones más importantes del siglo XX en el continente, encabezada por obreros y campesinos, tuvo lugar en Bolivia.

Miguel Alandía Pantoja destacaba que su propuesta era realista, influenciada por los recuerdos de su infancia: un recorrido por los polvorientos campamentos mineros, golpeados por el hambre y la represión de las balas militares que caían sobre

hombres, mujeres y niños desprotegidos. También evocaba la voracidad y el amor en los tiempos de la Guerra del Chaco, donde fue prisionero, así como décadas de movilización popular.

Señalaba que "Bolivia, y con ella América toda, es tierra maravillosa, llena de sugerencias para la realización de un arte monumental como la expresión auténtica de la vida, que traduzca el sentimiento de dignidad y superación entre los hombres. Un arte que nutrido de tradición hable de un lenguaje remozado de verdad ante los problemas presentes, cuya solución plantee con proyección al porvenir. Un arte sencillo y claro en el sentido humano. Un arte real en el aspecto artístico" (El proceso cultural de nuestro tiempo, s/a 3).

Sus obras de caballete y murales, donde eclosiona la energía obrera y campesina, mostraron a Bolivia y contribuyeron a establecer la revolución de abril en el imaginario mundial. Visualmente construyeron una iconografía de pueblos indígenas y obreros, quienes, con el impulso vital, saben de la angustia, la esperanza y el júbilo de la victoria.

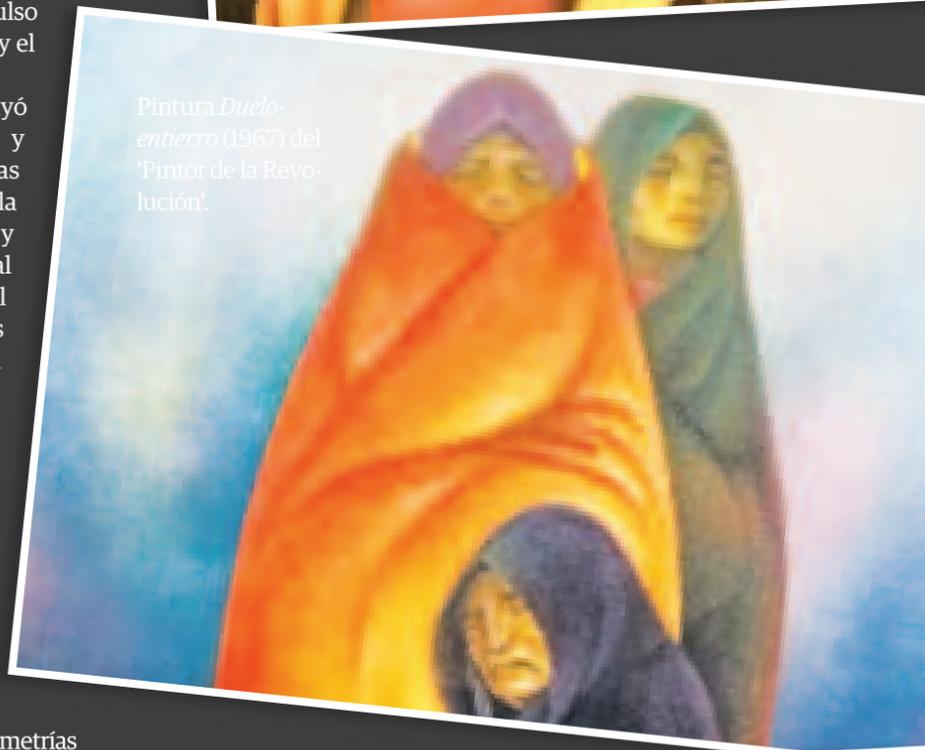
Su producción plástica contribuyó a clarificar los atributos estéticos y culturales del pueblo y su época. Las obras de Alandía Pantoja representan la lucha por la existencia de cada hombre y de cada pueblo, en un sentido espiritual y cultural, pues el arte es la expresión del carácter y la calidad de la sociedad. Las sociedades transmiten su existencia en el arte; los 'indios' se manifestaron en arquitectura y cerámica.

Alandía Pantoja enfatizó en la importancia de la transferencia de expresiones artísticas en sus obras. En su producción resalta elementos estéticos heredados de Tiwanaku y otras culturas prehispánicas, así como la maestría en textiles que se reflejan en ponchos y lluchos de sus protagonistas. La estética del pasado, según el pintor, se caracteriza por geometrías de líneas rectas y ornamentaciones en superficies planas sin relieve, combinadas con motivos naturales cargados de significados simbólicos. Sus obras no solo celebran y fortalecen a las mujeres mineras, sino que también denuncian las milicias armadas.

Hay un doble giro en las obras del 'Pintor de la Revolución'. De un lado, el pueblo impulsor de su propia historia, junto al legado histórico de las grandes culturas (mayas, aztecas, toltecas, etc.), la técnica y los materiales de las escuelas europeas, maestros 'primitivos' y el Renacimiento. Un juego que reúne múltiples memorias en diversos dispositivos que convergen y constituyen una pintura o arte con contenido social, y da paso al "arte nuevo (que) es el sentimiento de la masa traducida en belleza artística. En Rusia, el arte cumple con este deber; en América el arte mexicano tiene misión en el pincel de Diego de Rivera y Orozco, hombres cuyo arte está



Pintura *Duelo-entierro* (1967) del 'Pintor de la Revolución'.



DEL SIGLO XX

Esperanza Pantoja

Obra denominada *Milicias* (1962), de Miguel Alandía.

llamado a tener trascendencia universal, constituyendo además un foco luminoso para la América indiana y, sobre todo, para los hijos de este pueblo boliviano". (Breve Resumen del arte, s/a: 3)

No solo en la iconografía, sino en el discurso Alandía Pantoja personifica a las heroicas luchas sindicales, a aguerridas mujeres como María Barzola; también se manifiesta como descendiente de los más connotados líderes indígenas (Túpac Amaru y Túpac Katari), sin olvidarse de reconocerse en la trascendental labor de los guerrilleros de la independencia.

Asume como su marca personal y estética las formas de expresión de los hombres del altiplano que toman las armas en su icónica secuencia de 'milicianos' mineros (con guardatojos, gabardinas amarillas y fusiles), así como de mujeres en cuidado de sus hijos, en trabajos cotidianos o al resguardo de

sus familiares heridos y/o con el brazo en signo de lucha, sin olvidarse de personajes icónicos de la fiesta y la ritualidad andina como el kusillo y el waka tokoris. Sobre este último, se evidencia un periodo de proximidad con los cánones telúricos e indigenistas en el arte. Al respecto, él enfatizó: "En cuanto al color, soy un pintor saturado del paisaje andino y de la gama psicológica creada por los habitantes de esta parte del mundo". (1968, I Bienal de Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Ecuador)

Alandía Pantoja fue un militante infatigable que entendía la historia del arte como una lucha de clases "(...) por medio del proceso dialéctico las necesidades y los intereses materiales crean la expresión artística y la transforman". Además de experimentar con técnicas y materiales ideas y sensaciones, sintetizaba una gama de colores para plasmar la angustia, la esperanza y el júbilo. A través de perfiles y personajes mostró Bolivia al mundo, siendo el cronista del cambio más radical ocurrido en el siglo XX. Satirizó a la bestial opresión a trabajadores y campesinos. Y, excedido de júbilo, personificó a los protagonistas de la revolución.

Su propuesta era de alcance continental, pues buscaba constituir un arte latinoamericano que representara la fisonomía de su población, enfatizando en que era el arte dispositivo más potente de la liberación popular. Adentrarnos a sus escritos es toparnos con algo muy pocas veces visto, nos referimos a su interés por interpretar los gustos, la estética de la plástica boliviana como un retrato del impulso vital de su población. El vitalismo de su tiempo era la expresión de las contradicciones.



Historia de la mina (1953, destruida por Barrientos 1965).

"YO LLEGUÉ A LA POLÍTICA POR EL CAMINO DEL ARTE"

La obra plástica del pintor histórico, específicamente sus murales, sufrió el atentado más despiadado, su destrucción, y nuestro país fue presa del "genocidio cultural", pues se intentó borrar un capítulo imprescindible en su memoria visual y gráfica. El atentado ocurrió en mayo de 1965, durante la nefasta "junta militar" encabezada por René Barrientos Ortuño.

A días de su acometido al arte, Barrientos declaró: "el mural ofendía (...) Cuando se quiere representar a la Iglesia o al Ejército, hay que mostrar sus obras (...) La decisión ha surgido del criterio unánime de todos cuantos venían a este Palacio y veían ese cuadro terrible. Creo que vamos a pintar otro cuadro más positivo y optimista" (Presencia, La Paz 29 de Mayo de 1965).

La razón de su destrucción no fue otra que el reconocimiento a Miguel Alandía Pantoja en el continente y en el mundo. A su vez la destrucción promovió una campaña de apoyo internacional, cartas y telegramas de diversas partes del mundo, por ejemplo, del muralista mexicano David Alfaro Siqueiros ("A la vez que él ha sufrido las peores agresiones en sus obras y en su propia persona de todos los colegas de los países de Sudamérica").

Son pocos los repositorios artísticos del continente que presumen de contar con registros visuales y documentales de artistas como Alandía Pantoja, un pilar de la memoria estética y gráfica de Bolivia en el siglo XX. Su colección incluye pinturas de contenido social, tanto en piroxilina como en óleo, dibujos originales, bocetos de murales en acuarela sobre papel, y diseños calca para murales de gran escala. Además, abarca afiches de exposiciones que recorrieron 16 ciudades en 13 países de Latinoamérica y Europa, junto con una variedad de objetos personales del artista (óleos, pinceles, paletas, otros materiales).

Sulegado creativo se complementa con su archivo personal que reúne documentos como manuscritos autografiados, correspondencia personal, textos, ensayos, poemas, tributos, discursos políticos y póstumos, esquemas de organización de congresos de obreros (FSTMB y COB), y correspondencia personal de diferentes temáticas.

El equipo del Museo Nacional de Arte inmediatamente puso todo su entusiasmo para que la contundente colección siga los procesos de conservación curativa y restauración (policromía y color), devolviéndole integridad y belleza a las obras.

Alandía Pantoja fue ese alguien que en el transcurso del siglo XX posibilitó que el arte

y la cultura sea un instrumento de liberación del pueblo, dejando un testimonio pictórico de Bolivia. Él enfatizó en obra y palabra que el arte y la cultura no es un patrimonio de las castas, clases privilegiadas y élites.

Fue gestor de las 'milicias' armadas, facciones de trabajadores armados que permitieron el triunfo de la revolución nacional, en las jornadas de 1952. Su fervor político fue a la par de su júbilo artístico, promoviendo que arte y cultura no son patrimonio de castas, clases privilegiadas y élites, al contrario, refería que estos eran enemigos de la creación estética. De ahí que refería que promover la transformación económica, política y social era tan importante como resolver los problemas estéticos.

Su máxima era que América es 'india' y que la conquista no eliminó el espíritu de los pueblos autóctonos, es más, y como resistencia, el arte del conquistador afloró su espíritu y estética revolucionaria.

Incursionó en la política sindical muy joven, participó activamente en la formación de la Central Obrera Boliviana (COB). Desde temprano compartió espacios de controversia y organización con Guillermo Lora, Juan Lechín Oquendo y otros líderes mineros sindicales históricos. Luego de un significativo éxito en el exterior, promovió la organización de artistas plásticos bajo las ideas del cooperativismo gremial, pues por medio del espacio colectivo los artistas se emanciparían espiritual y culturalmente. En una mano portaban la paleta, que personifica la lucha social y popular, y en la otra debían hacer posible su independencia económica.

A razón de buscar una propuesta artística de fisonomía americana, un movimiento cultural que parta de las propias raíces, rechazaba a los artistas que personificaban cristos y madonas en pleno siglo XX. Consideraba estas obras, que evocaban la estética del siglo XVIII, como presa de las influenciadas de la metrópoli y anacrónicas, que desfiguraban la potencia creativa del artista.

Para él, la estética debía mantener un equilibrio respetuoso con las tradiciones del pasado, pero con un mensaje relevante para las necesidades actuales de su entorno y tiempo.

El 18 de junio del presente, el Museo Nacional de Arte hará pública la adquisición de las maravillosas obras del 'Pintor de la Revolución'. Invitamos a todos para, una vez más, conmemorar que "Alandía sigue vivo, Alandía es inmortal".

* Marcelo A. Maldonado Rocha es pedagogo a.i. del Museo Nacional del Arte (MNA)



ENTRE LO PROFANO Y LO SAGRADO

El imaginario popular en *Cuentos de la mina*

No es casual que esta obra esté siendo traducida a otros idiomas para que los lectores de otros países conozcan algo más del mundo mágico y secreto atrapado entre las montañas del altiplano, donde reina el Tío en el vientre de la Pachamama, como un verdadero soberano de las tinieblas.

Víctor Montoya

Los *Cuentos de la mina* están escritos con el furor del alma y los sentimientos del corazón, a partir de la relación estrecha que mantuve desde niño con los mineros en el norte de Potosí, donde muchos de mis parientes han sido trabajadores del subsuelo. Conozco esa realidad dantesca y fascinante desde que tengo memoria. Soy hijo de entrañas mineras y uno de sus cronistas de época.

Conocer al Tío de la mina, cuando todavía era niño, ha sido una de las mejores experiencias que me ha sucedido en la vida. El Tío, por su propia naturaleza, es un personaje que no solo posee los atributos que debe tener un personaje literario, sino también porque me ha permitido fantasear una serie de historias que giran en torno a la mina y sus asuntos.

Desde que empecé a escribir, de un modo consciente o inconsciente, acudieron a mi mente los recuerdos, junto a los mitos, cuentos, consejas y leyendas, que conservaba en el crisol de la memoria. Así que el panorama minero ha sido un factor determinante en la elección de mi temática literaria y, por qué no decirlo, mi compromiso con la realidad social.

Estoy convencido de que el dramatismo y

la belleza del paisaje andino, donde transcurrió mi infancia y adolescencia, marcaron a fuego el destino de mi vida y obra, en la que, con gran pasión y conocimiento de causa, intenté expresar las grandezas y miserias de los mineros, quienes fueron los forjadores de mis ideales y a quienes les debo toda mi gratitud por haberme permitido ser uno más de los cronistas de esa dramática realidad que conmueve, inspira y maravilla.

EL REALISMO MÁGICO Y MÍTICO

Cuentos de la mina es un buen ejemplo de que la mitología minera tiene sus genuinos protagonistas y que la cosmovisión andina puede ser escrita y descrita a partir de las aventuras y desventuras de ese ser demoníaco creado por la imaginación de los mineros, conocido con el nombre de Tío, quien reina en las entrañas de la tierra, mimetizándose en la oscuridad de las galerías, donde estableció su soberanía entre las vetas de mineral incrustadas como anguilas en las rocas de la Pachamama.

La temática de esta obra literaria, contextualizada en un ambiente donde la religiosidad no tiene carta de identidad, es una suerte de versión moderna de los cuentos y novelas de ámbito minero, donde el discurso del narrador se entrecruza con el de los personajes que aparecen en el hilo argumental de los cuentos, como una nueva forma de abordar, desde la perspectiva del Tío, el realismo mágico y mítico de los mineros bolivianos.

Me he dedicado a escribir sobre las minas y sus asuntos desde siempre. Mi primera novela, *El laberinto del pecado*, publicada en 1983, está también contextualizada en un recodo del macizo andino, con temas y personajes de Llallagua, Catavi y Siglo XX. De modo que mi interés por rescatar los mitos, ritos y leyendas, que rondan por los campamentos mineros, nació desde el día en que me hice escritor de cuentos tristes y fantásticos.

Sin embargo, dispuesto a desmarcarme de la literatura entroncada en el llamado "realismo



► social", tuve desde un principio la idea de crear y recrear los elementos mágicos y míticos que no fueron contemplados en los cuentos ni en las novelas de los autores que dedicaron su tiempo y energía a describir los triunfos y las derrotas del proletariado minero desde una perspectiva sociopolítica que, en mi opinión, los llevó a balancearse sobre una cuerda floja entre el panfleto literario y la literatura como obra de arte.

Lo que yo hice, a diferencia de estos escritores de la narrativa minera, fue adentrarme en la tradición oral de los Andes, donde la mitología del Tío, mitad dios y mitad demonio, vibra en las quebradas de la cordillera con todo su poder de sugerencia. Así que mis cuentos, más que retratar la tragedia social de los mineros, rescatan la figura del Tío desde una visión del realismo fantástico, que es parte y arte de la cosmovisión andina, donde los mineros, en su mayoría de ascendencia indígena y mentalidad proclive a las supersticiones, cuentan, de generación en generación y de boca en boca, una serie de consejas nacidas del imaginario popular.

La vida cotidiana de los pobladores del altiplano está atravesada transversalmente por los mitos y las leyendas de las culturas originarias; creencias, tradiciones y costumbres que durante la Colonia fueron avasalladas por los conquistadores, pero que no sucumbieron en la memoria colectiva, que supo conservarlas en la tradición oral, aunque disfrazándolas, a manera de protección, con las tradiciones judeocristianas. Con el transcurso del tiempo, del mismo seno de este encuentro histórico, surgió un peculiar sincretismo religioso que puso de relieve el mestizaje de dos culturas: la indígena y la occidental, que en un principio eran diametralmente opuestas.

EL TÍO Y SU MUNDO MÁGICO Y SECRETO

Este personaje de la mitología minera, ambivalente entre lo profano y lo sagrado, habita oculto en las colosales montañas de los Andes, donde las venas minerales proporcionan riqueza a unos y pobreza a otros. Es una de las deidades centrales de la cosmovisión andina y un personaje fantástico en el mundo minero, donde los mitos, cuentos, consejas y leyendas se ensamblan con la tradición oral de las culturas ancestrales.

Un personaje como el Tío, que es uno de los protagonistas más vitales de mi mundo literario, me ha permitido no solo adentrarme en el subconsciente del trabajador del subsuelo, sino también rescatar los mitos y las leyendas que permanecían en la memoria colectiva, transmitiéndose a través de la "oralitura". Asumí este reto, quizás, sujeto a la creencia de que quien conoce bien el contexto minero es el que mejor puede contarlo e interpretarlo.

Ahora tengo la extraña sensación de que mis *Cuentos de la mina*, que explayan un estilo acorde con las nuevas corrientes literarias, en las cuales destacan la autenticidad, la sencillez y la belleza, harán que los mitos y las leyendas sobre el Tío se universalicen. No es casual que esta obra esté siendo traducida a otros idiomas para que los lectores de otros países conozcan algo más del mundo mágico y secreto atrapado entre las montañas del altiplano, donde reina el Tío en el vientre de la Pachamama, como un verdadero soberano de las tinieblas.

En los *Cuentos de la mina*, por razones de lógica formal, incluí también otros elementos culturales que están ligados a las tradiciones y los ritos ancestrales, como la ch'alla y la wilancha, una ceremonia que consiste en sacrificar una llama blanca para luego, en actitud de ofrenda y



gratitud, rociar con su sangre a la Pachamama y el 'paraje' del Tío. Describo, asimismo, la leyenda de la coca, el mito de las cuatro plagas que 'Wari' lanzó como venganza y castigo contra los urus, y cuento todo lo referente al fastuoso Carnaval de Oruro, donde los mineros, desde la época colonial, se disfrazan de tíos —o de diablos—, para bailarles su diablada a una virgen católica como es la Candelaria o Virgen del Socavón.

El Tío de la mina, según la concepción antropológica, es una de las deidades más importantes de la cosmovisión andina; primero porque se lo considera uno de los fecundadores de la Pachamama y, segundo, porque en él depositan los mineros todas sus esperanzas. Le ruegan que los proteja de los peligros y les procure el mejor filón de mineral. En tal sentido, el Tío de mis cuentos, aunque posee las mismas características que el Lucifer de las 'Sagradas Escrituras', pervive en la mente de los mineros como un ser benefactor cuando se lo trata con respeto y cariño, pero también como un ser cruel y vengativo cuando no se le honra con ofrendas líquidas y sólidas para saciar su sed y su hambre. El Tío tiene la potestad de premiar y castigar a quien ingresa en su reino o en las oquedades del Ukhupacha.

El Tío, por otro lado, tiene un significado profundo en nuestra cultura y es el que mejor simboliza el subconsciente de los humanos, que están hechos de un puñado de virtudes y otro puñado de defectos, ya que en el subconsciente de cada individuo habita la bondad, pero también la maldad. Así que el Tío, al ser dios y diablo a la vez, es la fusión perfecta entre el Bien y el Mal, y posee todos los atributos que necesita un personaje literario.

Desde tiempos inmemoriales se sabe que entre las divinidades que conforman el mundo religioso indígena está el Supay o Supaya, la divinidad del Ukhupacha o Manqhupacha, encargada de guardar las riquezas minerales, proteger a los animales silvestres, dirigir las corrientes de aguas subterráneas y hacer germinar las semillas para dar de comer a los hijos de la divinidad andina, que no se ve pero domina en el reino de los vivos: la Pachamama.

La Pachamama, proveedora de vida y alimentos, encierra en su vientre los recovecos telúricos donde habita el Tío, que es el único amo y señor de los filones de mineral. En el interior de la mina es donde mejor se expresa la mitología temible y maravillosa de este ser hecho de realidad y fantasía, que se aparece como un ser omnipresente, omnipotente, entre las sombras de la galería, entre el ruido monótono de la ch'aqa y el silencio insondable de los 'parajes' más alejados de la bocamina.

En las páginas del libro se cuenta que los mitayos de la Colonia, que penetraron en los socavones para trabajar en condiciones de esclavitud, lo encontraron solitario y silencioso en los recovecos de la mina. En principio, lo confundieron con el diablo de las creencias bíblicas, con sus facultades de maldad, fealdad y generadora de vicios y maleficios; pero después, al advertir que tenía actitudes más de bondad que de maldad, lo reconocieron como al Supay, deidad ancestral del Ukhupacha, reencarnado en el Tío, protector de las riquezas minerales y los mineros, quienes, asumiendo una actitud de respeto y sumisa veneración, lo incorporaron con honda fe en su mundo familiar, rindiéndole pleitesía y bautizándolo con el nombre de Tío.

Sea verdad o sea mentira, lo cierto es que los treinta y cinco cuentos reunidos en el libro, proyectándose en una dimensión real y ficticia, penetran en la conciencia y sensibilidad del lector, interesado en conocer el mundo mágico de las minas y los mineros, quienes, lejos de las tragedias descritas en la literatura del llamado 'realismo social', son individuos que tienen creencias y tradiciones arraigadas en las supersticiones propias de las culturas ancestrales, que aprendieron a sobrevivir a la catequización y extirpación de idolatrías.

La estatuilla del Tío, vista desde cualquier ángulo y en cualquier galería, constituye una verdadera obra de arte, una imagen esculpida por las callosas manos de los mineros. Ellos la erigen a su imagen y semejanza, para luego, sentados a la usanza de los mitayos de la Colonia, rendirle culto ►



1. Portada *Cuentos de la mina*
2. Portada de la edición boliviana
3. Portada de la edición alemana
4. Portada de *Cuentos de la mina*
5. Portada del libro *Cuentos de la mina*. Ediciones del Norte, España, 2006
6. Portada en francés
7. Portada italiana del libro

► y pleitesía ofrendándole hojas de coca, cigarrillos y bebidas espirituosas, a modo de congraciarse con él, a quien lo consideran el amo protector de las riquezas minerales y amo de los trabajadores del subsuelo, quienes le piden permiso antes de adentrarse en su reino hecho de roca y mineral.

La estatuilla del Tío varía de 'paraje' a 'paraje' y de mina a mina, como los materiales que se usan en su construcción; mientras unas son talladas en el mismo lugar, como la normal prolongación de la roca, otras son figuras hechas con cemento y estructuras metálicas, dependiendo del nivel de temperatura y humedad ambiental en la galería. En algunas minas, su cuerpo desnudo está adornado con misturas y serpentinillas de pies a cabeza; en tanto en otras llevan un atuendo de diablo, mostrándolo en toda su plenitud, como a la perfecta iconografía revelada por el mundo bíblico. Al pie del Tío están esparcidas las botellas de aguardiente, las hojas de coca y las colillas de los cigarrillos que los mineros le ofrendaron en actitud de veneración y agradecimiento.

Cuentos de la mina es, asimismo, la revelación de mi subconsciente, en cuyo pozo sobrevivió por muchos años este personaje que, como si fuese mi propia sombra, se me aparece por doquier, incluso en los sueños y las pesadillas, donde me lo encuentro cada vez, exigiéndome que lo convierta en el personaje principal de mi mundo literario. De modo que este libro, como cualquier criatura del alma, brotó de una manera natural entre mis proyectos literarios y el Tío de la mina acabó

constituyéndose en uno de los personajes más significativos de mi narrativa.

Él forma parte de mi vida y obra, porque caló hondo en mi memoria desde el día en que mi abuelo, por primera vez, me refirió la leyenda del Tío, mientras dormía a sus pies una noche en que se desató una tormenta en la cordillera de los Andes, haciendo que los truenos enciendan la noche como luces de bengala y las ráfagas impetuosas del aguacero desvíen el curso de los ríos. Fue entonces cuando mi abuelo, con una voz pausada y sugestiva, pronunció las siguientes palabras: "Dicen que el diablo llegó a las minas una noche de tormenta". Esta frase bastó para comprender, entre la curiosidad y el espanto, que el diablo, al cual se refería mi abuelo, era el mismísimo Tío de la mina, cuya estatuilla diabólica, recubierta con arcilla y cuarzo por los mismos trabajadores, vi años después en una de las galerías principales de la mina de Siglo XX.

El Tío estaba sentado en su trono de roca, con el cuerpo monstruosamente deformado, el miembro viril largo, grueso y erecto, los ojos redondos como canicas, las cejas sobresalientes, la nariz prominente, la barba de chivo, las orejas de asno, los cuernos retorcidos y los labios entreabiertos para recibir los cigarrillos. Me quedé estupefacto ante su aspecto terriblemente grotesco y, entre el asombro y la meditación, asumí la idea de que este personaje, que inspira un natural respeto y vive en reciprocidad con los mineros, no me dejaría ya vivir en paz por el resto de mis días.

LECCIONES DEL 'APRENDIZ DE DIABLO'

En este libro les propongo una lectura atenta de los diálogos que, manejándose con registros narrativos que engalanan el lenguaje literario, deslumbran por su sencillez y precisión idiomática, recreando el vocabulario popular con interferencias idiomáticas del quechua, aymara y código lingüístico propio del mundo minero, una impronta que suele definir a los escritores que se esmeran en transformar el lenguaje coloquial, como por arte de magia, en una pirotecnia verbal revestida de calidad ética y estética tanto por su significado como por su significante; una verdadera obra de creación literaria en la que se ensamblan, atados por el hilo argumental de los relatos, los elementos propios del "realismo social" y la inventiva del imaginario popular.

Por ahora, lo único que me ronda en la cabeza es la idea de seguir escribiendo en torno a las aventuras y desventuras del Tío, con la misma pasión y entrega que estos cuentos requirieron durante el proceso de creación; más todavía, tengo en preparación una serie de diálogos que durante años sostuve con el Tío sobre los más diversos temas que encandilan la fantasía de los humanos. Se trata nada más ni nada menos que de las sabias lecciones de un 'aprendiz de diablo'. Culminado este proyecto, y muy a pesar de los pesares, quisiera dejarlo vivir en paz, recluido en las galerías más profundas de la mina, y yo dedicarme a crear otras obras que ventilen mi imaginación y me devuelvan la serenidad perdida, aunque no sé si esto será posible, pues al Tío lo tengo metido en el cuerpo y alma como a un clavo atravesado de lado a lado.